



ROGER CHARTIER

**Escuchar a los muertos
con los ojos**

Lección inaugural en el Collège de France, traducción de Laura Fóllica, Katz Editores, Buenos Aires, 2008.

Tal vez la memoria de los hombres comience en el momento en que aprenden a leer y de forma continuada asimilan el bagaje cultural que les ha dejado en herencia el pasado. Sobre la acumulación del saber de los otros construimos nuestro presente, escuchándolos a través de aquello que nos han dejado escrito.

Roger Chartier, historiador de la cultura escrita, reflexiona en su discurso *Escuchar a los muertos con los ojos* sobre la importancia que tiene para la transmisión del conocimiento la forma en que se presentan los textos a los lectores. De manera que tan importante es aquello que se nos está contando, como el soporte o la forma en que se nos cuenta. Coincide con Jorge Luis Borges en que “una literatura difiere de otra, ulterior o anterior, menos por el texto y más por la manera en que es leída”. Chartier siempre se ha interesado por el estudio de las prácticas de la escritura y la lectura para comprender, a través de ellas, las transformaciones sociales, políticas y culturales que concurren en el progreso de las sociedades.

Ante la definición puramente semántica del texto, conviene tener en cuenta que las formas producen sentido y que un texto será interpretado de manera novedosa desde el momento en que cambia de soporte: tabletas de madera, grafitis, murales, rollos, libros, ordenadores, e-

book... Incluso en los escritos sobre un mismo soporte, como por ejemplo el libro, se pueden originar diversas lecturas según la disposición del texto, la existencia o ausencia de instrumentos auxiliares (índices, ilustraciones, tablas...), el uso de abreviaturas (que requiere una lectura por parte de especialistas que las descifren), la fragmentación del texto en capítulos, incluso en entregas, la utilización de diferentes formatos, la utilización de la puntuación... No podemos separar la comprensión histórica de los escritos de la descripción morfológica de los objetos que las difunden.

Las formas de lo escrito, incluso su ausencia, nos hablan de la intención del autor a la hora de transmitirnos su sabiduría. La manera en que el lector se apropia de lo escrito y le da sentido nos importa para comprender cómo se transmite el conocimiento. En este pequeño discurso, Chartier intenta aportar las razones que justifican la existencia de una historia de la cultura escrita, a través del camino que realiza un libro desde su génesis hasta su lectura, siguiendo el hilo invisible que existe entre el autor de una obra y sus lectores. Se hace imprescindible comprender las formas materiales de los textos y las prácticas de sus lecturas para comprender el propio texto.

Historia de la cultura escrita que se alimenta, entre otras, de la historia del libro, donde es imprescindible detenerse en el momento en que se inventó la imprenta por la revolución que supuso, tanto en el progreso técnico de la edición, como en el progreso del conocimiento, dada la facilidad que permitió en la difusión de éste. Invento que a su vez provocó un “temor contradictorio” en la Europa moderna (como indica Chartier): por un lado teme la proliferación excesiva de lo escrito y por otro teme la pérdida y el olvido de todo aquello que no esté escrito. ¿No es este un temor semejante al que ahora nos asalta al enfrentarnos a la vorágine informativa que las tecnologías de la información y la comunicación han provocado? Ante tanta y tan dispersa información resulta necesario contar con un mediador entre la información (multiplicada, excesiva, repetida, mezclada, oculta...) y el lector. Ya Ortega y Gasset indicaba que dicha mediación era la misión del bibliotecario, porque por un lado pone orden en medio de tanta información (para mejor acceder a ella) y por otro conserva todo aquello que da testimonio del quehacer humano.

Pero también la historia de la cultura escrita abarca la historia de la lectura, la cual nos permite entender que el significado de una obra pasa por la apropiación que el lector hace de ella (“la apropiación es creación”). Así, la forma que adopta un escrito (desde la lectura pública de los bandos a la lectura íntima y solitaria) interpela al lector y se suma a su bagaje cultural para provocar una diferencia, la “proposición de un sentido posiblemente inesperado”.

Y junto a estas dos historias (la del libro y la de la lectura), completa la historia de la cultura escrita la relación de lo escrito con el poder: la autoridad de lo que queda escrito y su utilización como instrumento del poder: “el poder de escribir y el poder de leer”. Saber leer y escribir, de acuerdo con Chartier, supone un mejor control de nuestro destino.

A lo largo de la historia todo cambio tecnológico ha supuesto una nueva inflexión en el devenir de la cultura escrita: ya lo vimos por ejemplo con el nacimiento de la imprenta, aunque no en la medida que hoy estamos viviendo con la revolución digital, que está transformando en profundidad (aún más que lo hizo la imprenta en el siglo XV) las prácticas de lo escrito, ya que las tecnologías de la comunicación y la información están transformando simultáneamente todos los elementos que integran la cultura escrita. Van más allá de la revolución de la imprenta porque ésta no pretendió cambiar la forma de los escritos, sino todo lo contrario: los incunables se esfuerzan



LIBROS



ROGER CHARTIER Escuchar a los muertos con los ojos

por parecerse a los manuscritos y sólo innovan en las formas de reproducción, si bien es cierto que estas innovaciones permitieron la difusión del conocimiento y una aceleración en el progreso cultural de la humanidad. Sin embargo hoy en día las nuevas tecnologías han fragmentado la lectura de los textos y el discurso se nos ofrece de forma discontinua en un laberinto digital plagado de enlaces virtuales y referencias cruzadas, todo ello a través de la pantalla de un ordenador. Lo cual nos obliga a avanzar y retroceder continuamente, a cambiar de dirección y a utilizar no sólo elementos textuales sino también audiovisuales para la comprensión de aquello que el autor nos ha querido transmitir.

Resulta reconfortante leer *Escuchar a los muertos con los ojos* porque Chartier, como buen historiador, no intenta un repaso nostálgico de los modos en que nos han mostrado los escritos, sino que acomete su trabajo (y con él este texto que presentamos) con el optimismo de una certeza: “El presente está hecho de pasados sedimentados”. Ello le permite estudiar de manera lúcida el presente de la cultura escrita, sin nostalgia por las antiguas formas ni obnubilado por las nuevas tecnologías: “Reconocer las duraciones sedimentadas de la cultura escrita para comprender más cabalmente las mutaciones que la afectan en el presente”.

José Garibo